

EL AMANTE
DE LA LUNA

Jordi Balaguer Miralles

El amante de la luna

VOLUMEN I — LÁGRIMAS DE SOL

Colección Hipocampo
Ediciones Parnaso

“Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.”

© Jordi Balaguer Miralles, 2010

© Ediciones Parnaso, 2010
C/Nueva nº22, Bajo A
29640 Fuengirola
Málaga, España

Colección Hipocampo
<http://hipocampo.elparnaso.com>
hipocampo@elparnaso.com

Primera edición, junio 2010

Diseño de cubierta:
Jordi Balaguer Miralles

Maquetación:
Víctor Miguel Gallardo Barragán

Depósito legal: SE - 3786 - 2010
ISBN—10: 84-96662-79-9
ISBN—13: 978-84-96662-79-7

Impresión: Publidisa

Impreso en España — Printed in Spain

Prólogo

Siempre he sentido fascinación por los libros que narraban historias acontecidas en épocas y lugares que yo no había vivido pero que me hacían soñar y merecían ser soñadas. Novelas muchas que, ilustradas con dragones malintencionados en su rugir, más de una vez alborotaron mi dormir apaciguado de niño inocente. Otras, en cambio, alimentaron mis ganas de que llegara el atardecer para escucharlas con una devoción que el paso de los años ha tratado de desvanecer en mi memoria.

Con el tiempo, los dragones se fueron convirtiendo en cenizas, los héroes en buscavidas y las princesas en fulanas; mientras que los reinos de ilusión no llegaban más allá de un suburbio de Manhattan.

Transición la hubo, y casi me hizo borrar cualquier vestigio del recuerdo de aquellos tiempos. Tampoco fui en su búsqueda. Al contrario. Seguí nutriéndome de la oscuridad de Lowry, las embestidas étlicas de "Chinaski" o los aullidos de Ginsberg...Hasta que, hace unos años, un viejo narrador de cuentos me relató en un zoco de Damasco "Las andanzas del noble caballero Gryal". Me dijeron los que en torno al anciano se habían congregado que, al igual que la historia de Cide Hamete Benengeli, aquél era un relato magnífico que no debía caer en el olvido.

A mi regreso a España, y de la misma forma que Cervantes cuenta cómo llegaron a sus manos los viejos cartapacios del historiador arábigo, Jordi Balaguer me refirió la manera en que aquel relato había arribado a sus oídos, haciéndolo suyo también. Lo llamó "El amante de la luna". Y suyo es. Como suyo es el mérito de haberme hecho volver a soñar con la intensidad de

antaño con nuevos universos de humanidad y barbarie, de traiciones y lealtades, de amores verdaderos y odios lacerantes; donde el bien y el mal se rigen por instintos de una pureza suprema y caminan con paso firme a través de sus personajes por una Barcelona medieval excelentemente ambientada o por el pandemónium del inquietante Pueblo Rojo; con una narración guiada en todo momento por los raíles de quien conoce a la perfección los engranajes del género. Y es en este sentido donde la habilidad e imaginación de Jordi Balaguer despuntan y sorprenden gratamente, pergeñando una historia contundente a la vez que novedosa. Esa savia nueva que hoy en día es tan difícil de encontrar.

... Ni tan siquiera en los zocos de Damasco, donde alguna vez creí haberla escuchado.

Alberto García Arocas

A mi pequeña hermana Anna

Lágrimas de sol

El Sol, pillo y vespertino, le bañaba los cabellos rizados y castaños, que brillaban riéndose del mar. El viento los acariciaba, dulce y placentero, y ellos bailaban sin pudor dejándose llevar por la melodía de la brisa del puerto de Barcelona. El agua salada de sus lágrimas le humedecía otra vez los labios, que confundieron su sabor por el de aquel que segundos antes los bañaba con amor. Su hombre, su amado, se despidió de ella en el rompeolas, donde se cruzan las vidas, donde se acaban los mares, donde despiertan los sueños del día y de la noche. Los rayos, descarados, se filtraban por entre las nubes y pintaban de dorado las velas del barco, que emprendía su viaje; un viaje que demoraba historias que nunca debieron ser olvidadas.

Lorette estaba sola, apoyada sobre la fría baranda de hierro que la separaba del abismo del salvaje rompeolas. Se dijo a sí misma que no quería cerrar los ojos, que no quería parar de llorar, por miedo a despertar y ver que todo lo que sucedía estaba ocurriendo realmente, por miedo a que el destino se estuviera riendo de ella ahora que era plenamente feliz.

Todo empezó un tiempo atrás, cuando un atrevido soldado que servía a las órdenes del respetado padre de la joven se quedó prendado de sus encantos. El carismático miliciano era también un gran guerrero, que ascendió en rangos con la misma presteza con la que conquistó el corazón de la joven hija de su general. Gryal, como le llamaban, era el joven capitán más conocido de la ciudad, y a temprana edad ya cosechaba un portentoso número de victorias. No tardó en levantar el odio y la envidia de sus coetáneos y superiores, así que una mañana, el Señor general Juan de Castilla, padre de la mestiza Lorette,

trazó una estratagema para deshacerse del capitán catalán. Por supuesto, nada de ello sabía el inocente Gryal, que zarpó entusiasta ese mismo anochecer hacia Italia, donde un carruaje le esperaba para ir a las salvajes tierras de Regensburg.

Sinsentidos, la vida estaba llena de acciones que olvidaban toda pizca de cordura y bondad. Tampoco Lorette sospechaba nada de las intenciones de su padre con respecto a su amado. Ni su padre sabía nada del amor que había arraigado en el corazón de ambos jóvenes. La felicidad y el destino de los tres marchaban en ese barco, sin que ninguno de ellos fuera plenamente consciente de lo que estaba sucediendo.

Las gaviotas chillaron, anunciando que el barco, como el Sol, se despedía de las rocas y se adentraba hacia lo eterno, hacia lo oscuro. El azul del mar se reflejaba en los cristalinos ojos marrones de la joven, que cruzó sus ligeros y blancos brazos para abrigarse del frío viento que le acariciaba el alma. Se frotó el vestido blanco y verde que vestía, intentando calentar una piel que ya echaba de menos las manos de su amado. ¿Qué hacer? No supo decirle adiós, sus labios no soltaron ni una sola palabra desde que Gryal la abrazó. Le faltaba su calor, su sonrisa, su mirada... Y se sentía sola. El aroma de la sal se apoderó de sus sentidos; se sintió herida, falta de energía, y se sentó en el suelo, recogiendo suavemente la falda para sentir el frío del empedrado en sus propias carnes. Tristeza. Su alma se cerró en un puño y su cara era como el papel mojado; imposible de leer. El barco se perdió en la lejanía y las nubes bajaron el telón. La noche empezó y con ella el viaje de Gryal... el amante de la luna.

Camino a Regensburg

I

"Mi amado Gryal, si no eres tramposo y has sido fiel a tu palabra estarás leyendo esto una vez hayas llegado a Regensburg, como habíamos pactado..."

La letra de Lorette era fina y redondeada, elegante, como era propio en las mujeres de familias nobles; el papel de la carta, grueso y aromatizado con rosas, como solían hacer las damas cultas cuando enviaban sus primeras cartas de amor a los amantes novatos y fugaces que cosechaban cuando amanecía su deseo. Era la cuarta vez que leía esta carta desde que inició el viaje. Gryal nunca fue admirado por su paciencia pero Lorette era perfectamente consciente de ello cuando le pidió que no la leyera hasta llegar a su destino final.

El carro arrastraba sobre las ruedas más de dos días de viaje, y no tardaría en anochecer. El buen tiempo, desde que el barco atracó en Italia, no les había acompañado; llovía de forma débil pero constante y las nubes parecían perseguirlos, burlonas. Gryal sentía el frío en los huesos pero prefirió quitarse los guantes para no dañar el papel de su amada. Con sus manos, ya azuladas, tendió de nuevo el pliego sobre su regazo y, aguantándolo con las puntas de sus temblorosos dedos, prosiguió con la lectura. Poco a poco y en voz baja, leyó cada una de las frases de Lorette, como si musitara la oración divina más grata y beata del mundo:

"No puedo dormirme al pensar que mañana tii, querido, no estarás aquí. ¿Por qué te vas? ¿El destino se ríe de nosotros? Quiero sentirte, Gryal, en mis brazos, cada día y cada noche. Despertar a tu lado; amado, dime, ¿cuándo despertaremos juntos? ¿Cuántas noches debo rezarle a Nuestra Señora para que nos permita vivir en paz, juntos, de una vez?"

Esta parte le encantaba y la leía marcando una amplia sonrisa. Miró por la ventana empañada, al tiempo que con la mano izquierda trazó un círculo en el cristal, agarrando la gruesa capa marrón que llevaba, para ver a través de éste el paisaje que iban dejando atrás. Los árboles estaban disfrazados de nubes blancas y el suelo era una fina alfombra de nieve sucia.

—Menudo paisaje —pensó Gryal, para sus adentros—. ¿Quién diablos querrá vivir por aquí?

"Sé que mañana despertaré, Gryal, y lo haré tan vacía y triste como un río sin lluvia. Dime, amado, ¿Quién será mi lluvia? ¿Quién mojará mi cuerpo cuando me faltes, Gryal? Vuelve, amor, vuelve sano y salvo, porque si no yo ya no tendré primavera..."

Una brusquedad en el terreno arrancó de nuevo a Gryal de la lectura; el camino adoquinado terminaba aquí y ahora las ruedas avanzaban con dificultad por el barro que cubriría el resto del trayecto. Una de las ventanas se abrió y el aire frío entró con fuerza. Gryal no vaciló en cerrarla de nuevo, pero su cuerpo sintió la intensidad del frío desde el cabello al corazón. Tembló, como tiemblan los niños en la oscuridad, y siguió con su lectura, no sin antes oler de nuevo el papel perfumado. Un rayo de luz, que se atrevió a desafiar las hojas, se clavó sobre los ojos de Gryal, nublándole la vista. El joven se rascó los párpados y volvió a leer.

"¿Recuerdas cuando obtenías un permiso especial y nos encontrábamos en nuestra plaza? Nos sentábamos siempre en ese banco que está delante de un árbol enorme, que nos daba cobijo si llovía. Tú solías pasar tu brazo por detrás de mis hombros y acariciarme el cuello mientras me mirabas fijamente. ¿Recuerdas, Gryal? Vimos crecer unas setas al lado del árbol, que se aprovecharon de su húmeda sombra; eran muchas, pero una creció más que ninguna. ¿Recuerdas? Desde entonces le llamamos la Plaza de la Seta... Te echaré de menos, amado..."

Gryal hizo una pausa, tosió hacia un lado, se colocó bien la capa, y después de coger aire siguió leyendo:

"Siempre hay setas más grandes que otras; igual que hay estrellas más brillantes, y guerreros más nobles que otros. Tu eres un gran hombre, amado, aprovechas el terreno como las setas, para crecer y ser grande, brillas como las estrellas, y los caballeros te siguen porque eres noble entre nobles. Gryal, no pretendo adularte, no pretendo llenarte de recuerdos antes del combate, solamente pretendo que sepas que hay una mujer que te aguarda. Te amo, te deseo y te esperaré siempre. Vive, Gryal. Vive por mí.

Tu pequeña: Lorette".

Cerró la carta con delicadeza, la envolvió en una tela roja de seda y, a continuación, se la guardó en el pecho, bajo la cota blanca de tela fina que tenía tras el cuero tachonado y el chaleco de pieles que llevaba en el torso. Luego se volvió a cubrir con la capa. El frío se intensificaba con el paso de las horas y el camino ofrecía un surtido mayor de rocas salientes y nieve tras cada vuelta completa de las ruedas del carro. Entonces recordó las palabras que Don Juan de Castilla, su general, el padre de Lorette, le dijo antes de partir:

"Vuestra misión es simple, Gryal. Un barco os llevará a Italia. Allí os esperará un carro con un hombre de absoluta confianza que os transportará hasta las afueras de Regensburg. Debéis conquistar ese territorio, pues se trata de una zona de importancia capital para nuestro cristiano imperio. Cincuenta hombres bien armados y que están al servicio de la Vera Cruz han sido altamente recompensados, cada cual a su manera, para aceptar vuestro liderazgo hasta terminar con éxito el cometido. Tengo fe verdadera en que vos, capitán Gryal, sois el más indicado para esta difícil empresa.

Que la bondad del Señor vaya con vos. Amén."

Don Juan, hombre de acción, era un veterano soldado de cara delgada y largos y cenicientos bigotes, pelo ralo y piel bronceada y rugosa. No sonrió una sola vez mientras explicó a Gryal sus órdenes. Tampoco hizo ademán de ello una vez hubo terminado. Nada. La cara de Don Juan era un jeroglífico de

ambiciones y responsabilidades demasiado bien tramado como para ser interpretado por un joven.

La fama del general era amplia y temida. Duro, riguroso, implacable, sus escaramuzas se contaban por victorias; pero el tiempo, fiel aliado de la juventud, no entiende de respeto, y sus victorias se tornaron menos brillantes y más... efectivas. Mediante métodos de dudosa moralidad Don Juan se aferró al poder tratando con nobles, clérigos y militares conocidos. A veces, una buena palabra o las influencias adecuadas eran mejor sustento que una gran fama o una gran victoria. Pues bien, ésta era sin duda una de esas veces.

Empezó a anochecer. El Sol enrojecía, consciente de que la luna estaría pronto ocupando su lugar. Las nubes le siguieron, y, tristes, cambiaron sus azules, blancos y rosados por un gris adulto y espeso. Poca luz había ya alrededor del carruaje cuando éste detuvo su marcha. Silencio. Viento. No se oían siquiera los pájaros. Gryal se puso los guantes, temblando ligeramente, con ansiedad. Fuera todo parecía blanco y quieto. De pronto, escuchó un sonido metálico. Tensión. ¿Qué sucedía?

—¿James? —dijo el joven catalán, con cierto temor. Y agarró la espada que tenía dormida al lado de su asiento para ceñirla al cinto. Algo se estaba moviendo fuera, sin duda. Gryal permaneció a la espera, atento, gritando a sus cinco sentidos que estuvieran alerta. Otro golpe metálico. El ruido parecía llegar desde la parte delantera del carro, y el caballo sopló. El capitán ordenó los acontecimientos, mientras, poco a poco, desenfundaba la espada. Con estilo, sin ruido. Con el silencio del paisaje no había razón que explicara que James no oyera el grito de Gryal. El joven se arqueó ligeramente, dispuesto a abrir la puerta del carruaje.

—¡Yah! ¡Ha! —James gritó. El trotar del caballo era fuerte y se perdía con asombrosa rapidez en la distancia.

Gryal abrió la puerta con fuerza y de un salto plantó las botas sobre un suelo de barro barnizado con nieve y lluvia. Miró a su alrededor, espada en mano. A su izquierda, cada vez más pequeño, vio el caballo del carruaje, montado por James; a su derecha, un camino que se estrechaba y se perdía en lo profundo de un bosque alto.

—¡Maldita sea! —Gryal sabía que era inútil perseguirlo—
¡Oh, vamos! ¡Diablos! ¡Menuda puñalada! —gritó.

“Es un hombre de absoluta confianza”, se dijo, recordando las palabras de Don Juan. Si esta clase de hombres eran llamados de confianza, al mundo le esperaba un nefasto porvenir.

Estaba solo, en medio de la nada, con un cielo gris manchado todavía por un Sol que hoy presumía de no querer marcharse. Pareciera que el tiempo no pasaba, que el astro rey esperaba, en la orilla del fin del mundo, observando. El frío penetró en cada rincón de su cuerpo, conquistando todas las articulaciones. Las nubes lloraron, gritaron, y empezó a llover, como tantos días desde que inició su recorrido. Un carro sin caballo. Nieve. Lluvia. Casi tres días de viaje en carro. ¿Cuántos serían a pie? ¿Estaría muy lejos Regensburg? Entró nuevamente al carro y agarró su saco de víveres. Buscó algo de comer en él, se lo ató en el hombro con un nudo fuerte y se sentó al lado de un árbol, en la natural frontera que encontramos entre el bosque y el camino, con el propósito de resguardarse de la lluvia. Miró las hojas, que dudaban entre vestirse de blanco o desnudarse de verde. Las lágrimas que bajaban del cielo lo hacían cada vez con más fuerza, sin piedad, brillando, y los rebeldes y moribundos rayos de un Sol ansioso se filtraron por última vez entre las copas de los árboles. Se apoyó en el tronco y miró los charcos... No tenía nada mejor que hacer.

II

Permanecían en las copas de los árboles, atentos a la orden de la mujer.

—¿Es ése, señora? —su voz sonó ronca, confusa.

—Sí, ése es —las palabras de Zahameda, duras y frías, no dejaban lugar a la duda.

—No parece peligroso —dijo Viduk, sorprendido.

—Lo es —se reafirmó Zahameda sin parpadear, mientras analizaba cada acción de Gryal, cada movimiento, cada rasgo de su cara.

—Pero cinco hombres, con todos mis respetos... —Viduk estaba alzando el tono de voz.

—Cuatro hombres y una mujer, Viduk. Escucha, te voy a cortar la lengua y te la colgaré del cuello si me discutes algo más. ¡Analiza, estúpido! Este hombre no teme a nada. Nuestro objetivo será complicado, muy complicado —la mujer de largos cabellos rojizos suspiró ligeramente y agarró su puñal con la mano derecha. No temblaba. Entretanto, Gryal seguía inmerso en sus pensamientos. ¿Qué poderosa razón habría llevado a James a abandonarlo en aquel lugar? Aunque, bien pensado, ¿qué hacía un inglés con carro en Italia esperando a un catalán para llevarlo hasta Regensburg? Y ¿por qué el ejército misterioso que Gryal tendría que capitanear estaba ya en el Norte?

—Esto me huele a trampa. En medio de la nada, entre las nubes y la nieve, sin caballos. Se trata, sin duda, de una encerrona. Nos vamos a divertir, amiga —dijo, mientras acariciaba la funda de su espada. Se levantó tranquilamente y cerró los ojos. Escuchaba el repicar de las gotas sobre las hojas de los árboles, el ruido de los charcos y cómo se apagaban los latidos de la lluvia sobre la nieve. “Hay que mantener despiertos tus sentidos, parecer vulnerable. Finge debilidad para que se muestren arrogantes, que piensen que eres un blanco fácil”. Sus pensamientos parecían un torrente de instrucciones que se sucedían para mantenerlo alerta. Se acercó un poquito al carro. “Muéstrate”, se dijo. “Tienes que parecer vulnerable”, siguió, sin sacar su espada, y volvió a cerrar los ojos. “La lluvia, las hojas, los charcos... Esto te dará ventaja, Gryal, que no te engañen tus ojos, deja que la lluvia te diga cuándo atacarán”.

De pronto, arriba, oyó unas voces. “Están en los árboles. Hay varios. Bien, os espero”.

—¡Zahamed! ¿¿A qué estamos esperando?! —Saleh se unió a Viduk y criticó también la paciencia que mostraba su líder—. ¡El tipo no se entera de nada! Vamos, nos lanzamos sobre él y listos. ¡Es simple, mi señora!

—Saleh, siempre has sido limitado en inteligencia. El chico es imprudente, cierto, pero ha andado firme, su mano sigue al

lado de la espada y ni siquiera se ha parado a observar todo lo que le rodea —Zahameda miraba fascinada a Gryal, como el cazador que ama a la presa—. Fíjate, inútil, el capitán sigue ahí, quieto, con los ojos cerrados. ¡No le tiene miedo a nada!

Viduk la miró desconcertado y observó a su compañero, que empezaba a impacientarse.

—Acataremos tus órdenes, pero piensa que el trato era simple: acabamos con la vida del chico y nuestro poblado seguirá siendo libre —hizo una pausa y miró a su víctima—. Tarde o temprano habrá que matarlo, y espero que tus ojos estén mirando al capitán como una presa, porque empieza a parecer que...

—¿Qué? Dime, Saleh, ¡¿qué?! —gritó la bruja. Y, sin esperar respuesta, se ató con presteza el pelo con una badana de tela gruesa, agarró fuerte el cuchillo, y abrió los labios, suavemente, con voz muy baja—. ¡A por él!

Saltaron sobre la nieve uno por uno, con sigilo. Eran tres, quizás cuatro. Luego lo hizo un quinto. Las hojas sonaron, la nieve se quejaba con cada paso. Un charco pisado, luego otro. Se acercaban. Las gotas repicaban sobre sus puñales de hierro. Eran largos, o quizá llevaran más prendas metálicas. Llovía cada vez con más fuerza. Alguien aceleró el ritmo, a su espalda. Sus pasos eran rápidos. Cerca. Cerca. Más cerca. ¡Ahora!

Sutil, rápido, Gryal abrió los ojos, desenfundó su espada y gritó. Un giro marcado de cadera, el brazo largo y tendido, tenso. La nieve se tiñó de rojo y una cabeza rodó.

—Vaya, pensé que eras más alto... —Y Gryal observó a su alrededor.

Tres hombres, uno de ellos muy corpulento, le estaban rodeando. Un cuerpo yacía en el suelo, sangrando a borbotones por el nexo que suele unir la cabeza con el resto. Algo más lejos, una mujer joven y fuerte lo observaba aparentemente tranquila. Tenía el pelo bañado de rojo fuego y unos ojos grandes y brillantes. Contrastaba con el frío blanco del paisaje, una mancha de color entre la blancura de lo nevado y la oscuridad que empezaba a cernirse sobre ellos. Sin duda, era su líder.

—Vos, mujer —dijo Gryal—. Lo siento por vuestro soldado, pero hacía tanto ruido que lo confundí con un gigante.

Gryal sonrió, y agarró fuerte la espada.

—Saleh era un inútil. Y ahora, jovencito, disponte a morir —Zahameda no tembló, pero ninguno de sus hombres quiso dar un paso. Estaban intimidados por la presencia de Gryal, un hombre que no temía a nada.

—Deberíais dedicar más tiempo a cuidar de vuestro liderazgo y menos de vuestro pelo, mi señora... —Gryal siguió sonriendo, mientras que el rostro de Zahameda era cada vez más frío y duro. Entonces ella alzó el brazo y musitó:

—No te han matado porque yo no lo he ordenado. Ahora ya mostraste tus cualidades, joven capitán, son aceptables para gestionar un pequeño batallón, pero, de momento, no tienes nada que ofrecerme. Vi tus virtudes; eres valiente —hizo una pausa, tomó aire y miró hacia el cielo—. Ahora veremos tus defectos... Dime, Gryal, ¿Temblarás? ¿Llorarás cuando te corten los brazos?

—Sabéis mi nombre, ¿eh? Interesante. Entonces deberíais saber que sólo tiemblo por el frío, y sólo lloro por amor. Basta de cháchara, mujer, soy un soldado, no un poeta, y suelo dejar que sea mi espada la que hable por mí.

Un pequeño paso atrás, la espada firme, agarrada con dos manos. La disciplina del soldado. Gryal dejó de sonreír.

—¡Atacad! —Zahameda gritó, mientras miraba al cielo. Estaba cada vez mas nublado, y el Sol se había marchado—. Luna, serás testigo de mi cometido, pido que perdones que rompa mi promesa...

Los soldados se enzarzaron en combate, al unísono, y Gryal recibió un corte en el pómulo, otro en la pierna y paró la estocada del tercero. Giró a su izquierda, a su derecha, pivotó sobre los tobillos y deslizó suave la espada sobre sus dedos mientras hacía un profundo corte al más robusto de los atacantes.

—Viduk, mantente alejado; herido no me sirves de nada. Deja a esos dos que se encarguen de él con sus puñales —dijo Zahameda, tranquila, avanzando lentamente hacia la pelea.

Las armas picaban y los pies disfrazaron el suelo con finas dunas blancas de nieve removida. Gryal empezaba a sentir cómo se le dormía la pierna derecha. El corte, a priori poco

importante, era más profundo y doloroso de lo que se había imaginado; pero siguió, siguió y siguió. Era un torrente de golpes fieros, con Gryal parando estocadas, esquivando y cortando. La lucha no cesaba, y, un corte tras otro, el capitán catalán empezaba a flaquear. La espada le pesaba cada vez más y tenía los brazos llenos de arañazos de los puñales.

“No puedo morir aquí... Lorette me espera, Lorette me espera...”, se repetía. “Vuelve, amor, vuelve sano y salvo, porque si no yo ya no tendré primavera.”

¡Zaaass! El puñal gritó y la vista se le tiñó de rojo; tenía un corte en la sien y empezó a perder el equilibrio. La pierna derecha quedó inerte, clavada en el suelo, sangrante y moribunda. Gryal cayó de rodillas y a su alrededor se formó un charco; un pequeño mar de dolor de un rojo tan oscuro como la noche que los oteaba. La luna les miraba, atenta, paciente. Zahameda no dudó en devolverle la mirada.

—Perdón, Luna, por romper mi promesa. Juro que si me arrepiento su vida será tuya —repitió la bruja y se acercó a Gryal, que permanecía de rodillas, con los ojos cerrados. Anduvo a su alrededor, observando. No se movía, casi ni respiraba. Soltó la espada, lentamente.

—Prima... vera... Lorette... ¡Lorette! —dijo, escupiendo sangre. Zahameda percibió que Gryal también tenía el torso herido y un profundo corte en la espalda.

—¡Calla de una vez! Sólo el orgullo de tu corazón te mantiene vivo. Deberías estar inconsciente hace mucho rato —y se detuvo ante él para acariciar su pelo corto y ondulado—. Casi te mueres, Gryal.

Viduk permanecía sentado cerca de un árbol, curándose el corte del brazo. Algo de lo que veía en la escena no le gustaba, pero prefirió guardarse de comentarlo. Zahameda parecía comportarse de forma extraña con el capitán Gryal. Lo miraba con unos ojos muy alejados de la mirada de un depredador. Lo miraba, sin duda, con ojos de mujer.

“Te amo, te deseo, y te esperaré siempre. Vive, Gryal. Vive por mí.”

—¡No voy a morir aquí! —gritó de pronto el capitán, soplando sangre en cada sílaba... y lloró. Tensó los brazos y cayó

de cara al suelo, de forma lenta y pesada. Poco a poco, su cuerpo terminó por derrumbarse sobre el pantano de sangre que formaba en la nieve. Una luciérnaga, azul, valiente, surcó el viento sobre su cuerpo y se posó en su espalda. Gryal tembló.

—Vaya, Gryal... Sólo lloras por amor, ¿me equivoco? Eres un hombre formidable y quiero pensar que lo seguirás siendo —Zahameda guardó su puñal.

Viduk se levantó con dificultad, sobresaltado por las palabras de Zahameda.

—¡Zahameda! No lo dejarás marchar, ¿verdad? ¡Tenemos que matarlo!

Pero Zahameda continuó observando en silencio al joven y moribundo capitán hasta que sintió frío en el cuerpo y decidió taparse con una fina capa marrón.

—Tengo un plan mejor para él. Empezaremos el ritual —dijo suspirando.

—Pero, señora...

—Hacedle cortes en las venas principales del cuerpo. Que sangre; y quemadle la ropa. Cuando os lo ordene, le cerraréis las heridas y lo enterraréis en la nieve. Por la mañana lo sacaremos. No debe morir en el proceso —Ordenó Zahameda antes de adentrarse, silenciosa, en el bosque. Sus soldados se miraron los unos a los otros y se dispusieron a cumplir las órdenes.

—Yo sólo tiemblo por el frío, y sólo lloro por amor —Zahameda sonrió—. Deberías hablar más, Gryal, no se te da nada mal. Siento lo que voy a hacerte, de veras. Supongo que es mejor que la muerte. Te doy otra oportunidad, te dejo vivir otra vida... —suspiró de nuevo—. Olvidarás todo sobre tu vida anterior, despertarás vacío, pero potencialmente idéntico. Y a mi lado.

Zahameda empezó a desnudarse, en la oscuridad del bosque, mientras seguía hablando en soledad. Las hojas la acompañaron en silencio y solamente las estrellas y la luna presenciaron el esplendor de sus pechos bañados por la luz azulada de una triste noche.

—Tus virtudes, tu coraje, tu valor, tu liderazgo, tu fuerza espiritual. Eso deseo, Gryal, necesito un líder, una mano derecha,

un guerrero como tú —hizo una pausa—. Un hombre como tú —esta vez, fue solo la luna la que vio su sonrojo—. Empieza el ritual. Luna, ratifico lo citado, le quito la vida y le doy otra. Si algún día me arrepiento, su vida será... tuya.

La luna firmó su contrato, feliz, y tiñó de blanco el oscuro bosque que la rodeaba. Luego, silencio, silencio... y silencio.

Amnesia

I

Sintió frío en los dedos de los pies y se tapó rápido con la manta de forma instintiva. La cama era suave, tierna, delicada, y la habitación tenía un olor delicioso. Abrió los ojos. Era de día, un día claro, luminoso, arrogante. Le dolían los huesos, se sentía magullado. Se miró las manos y descubrió que tenía cortes cicatrizados en los dedos, las muñecas y los brazos.

“¿Dónde estoy?” se preguntó. Intentó recordar, pero era incapaz. “¿Quién soy? ¿Cómo llegué aquí?”. Se rascó el pelo. Estaba limpio y seco, como todo su cuerpo. “Estoy desnudo”. Se frotó suavemente los ojos, aún contraído y oculto bajo las mantas gruesas que lo cubrían. Las apartó ligeramente y tembló al sentir el frío aire acariciarle la cara. Se levantó y agarró las mantas para cubrirse el cuerpo. “Tengo mucho frío” se dijo de nuevo. Una vez en pie miró a su alrededor. La tienda era tosca, realizada a base de palos gruesos y pieles de animales. Una pequeña puerta, también de tela, era la única entrada a la tienda y la principal fuente de luz. Estaba ligeramente entreabierta. Su aposento era un cono rudimentario de unos tres metros de altura, con un solo camastro y una mesa llena de especias. Un tarro diminuto tenía en su interior unas hierbas consumidas en cenizas, que todavía humeaban. “¿Por qué soy incapaz de recordar nada?” se repetía en su interior.

—Hola, ¡Mano Derecha! —dijo una voz de hombre en el exterior. Se plantó ante la puerta. Llevaba botas gruesas, también de pieles, y pantalones del color de la avellana. Subió la cortinilla de piel que delimitaba la puerta y penetró en la habitación. Se trataba de un anciano de rostro simpático, alto a

pesar de aparentar una gran longevidad, que se mantenía bastante erguido apoyado en un cayado reseco y delgado—. Buenos días, polluelo... No te asustes, lo sé, no recuerdas nada —continuó el hombre sin balbucear. Hablaba en francés. Su cara ya no parecía tan simpática, había algo de compasión en él—. Siéntate, Mano Derecha.

—¿Es ése mi nombre? —preguntó Gryal, sorprendido de poder hablar. Lo hizo sin pensar, como acto reflejo, pero se enorgulleció de ello. Luego, se sentó en la cama.

—¡Vaya! ¡Interesante! —exclamó el viejo— Puedes andar, agarrar cosas, dialogar, pero no recuerdas quién eres —hizo una pausa y se sentó a su lado—. Has estado de suerte, polluelo, podría haber sido peor.

—¿Qué hago aquí y cuál es mi nombre?

El viejo abrió un poco más los ojos, se acomodó en la cama y puso el bastón en su regazo.

—Por si no lo recuerdas, mi nombre es Andrey; me consideran el brujo de esta aldea y debes guardarme respeto —Andrey sonrió, y siguió hablando, sin apartar la vista del suelo—. Tu nombre y función en esta tribu es, desde siempre, “Mano Derecha”, eres el ayudante de nuestra líder, Zahamedá, y su amado esposo.

El viejo hizo una pausa y tosió.

—Pero yo...

—¡Tú! Tú no recuerdas nada. Suele pasar cuando pierdes tanta sangre —Andrey se levantó y se acercó a la mesa. Olió las hierbas que había, una por una—. Vaya, aromas estimulantes, interesante —sonrió—. Verás, unos bandidos te atacaron y te dejaron moribundo. Zahamedá, tu esposa, y algunos de sus hombres te rescataron de una muerte segura. Espero que se lo agradezcas.

Gryal no recordaba nada de aquello, era incapaz de pensar en nada, en nadie, y se estaba desesperando.

—Tranquilo, polluelo, es normal que estés nervioso. Tener la sensación de no recordar siquiera tu nombre debe ser muy duro, pero pronto podrás disfrutar de tu vida con normalidad, al lado de tu mujer, así que no sufras más, sólo necesitas descansar—Andrey miró a Gryal de reojo, y suspiró—. Si quieres

cualquier cosa, polluelo, lo que sea, avísame. Te dejo con tu mujer.

Gryal suspiró y se tumbó. Andrey salió de la tienda, poco a poco, sin mirar atrás. Tenía ciertos remordimientos, malestar por lo sucedido. “El hombre es muy inocente”, se dijo a sí mismo.

Zahameda avanzaba firme hacia la tienda de Gryal cuando vio salir a Andrey. El viejo brujo caminaba lentamente, mirando al suelo, pensativo.

—Y bien, Andrey, ¿recuerda algo? —indagó la joven líder, impaciente.

—Sólo ha olvidado su pasado, Zahameda, el resto de él está intacto. Ahora piensa que eres su mujer. Su nombre es Mano Derecha, recuerda. Y cuidado con lo que haces y dices —alzó la vista y clavó la mirada en la bruja del cabello rojo—. Ve con él —le ordenó.

Zahameda asintió, sonrió, y entró a la tienda sigilosamente mientras Viduk observaba algo alejado y con resignación a Andrey, que estaba firme y tenso en medio del camino. Parecía reflexivo, triste, algo no le gustaba. Quizá, de hecho, no le gustaba nada de lo que estaba pasando.

—Deja de observarme, Viduk, soy viejo, no ciego.

—Andrey, abuelo, espera —pidió Viduk, tímidamente, avanzando hacia el brujo—. Sé que a ti tampoco te gusta lo que está sucediendo, lo noto en tus ojos, en tu cara —sopló Viduk, bajando el tono un poquito más en cada sílaba que pronunciaba.

—Es cierto, Viduk, pero dime, ¿Qué importa lo que a mí me moleste? Zahameda es nuestra líder, la más capacitada para guiarnos y tomar decisiones. La única hija de Tarren. Hay que estar preparados para cualquier cosa y apoyarla en todo.

—¿Entonces, crees que lo que hace Zahameda es correcto?

—Yo no he dicho tanto, hijo mío —miró las nubes, el cielo de la mañana—. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que hacer —y siguió andando, apoyando su bastón en cada pequeño pasito que daba sobre la débil nieve que se estaba durmiendo sobre el suelo del poblado.

II

Entró en la tienda, fascinada. Gryal estaba tumbado sobre la cama, desnudo, mirando el techo. Llevaba la manta sobre las rodillas y parecía que el frío ya no le importaba. Estaba inmerso en sus pensamientos, oscuros, difusos, distraído por una extraña realidad y unos inexistentes recuerdos. Bajó la vista hacia la visitante de pelo largo y rojo que entraba en la tienda. Zahameda no dijo nada, y siguió observando el cuerpo honesto del joven capitán de la milicia catalana. Gryal tenía una veintena de cicatrices que le llenaban el cuerpo, algunas de ellas familiarmente recientes para Zahameda. “Ella me es conocida”, se dijo Gryal, “recuerdo algo de ella”. Quizá su rostro, quizá su pelo rojo...”

—Hola, Mano, querido. ¿Cómo te encuentras? ¿Te acuerdas ya de mí? —le preguntó Zahameda con una marcada sonrisa.

—Bien, yo... Quizá, quizá. Tu cara me dice algo, pero no sé exactamente el qué. Lo siento —dijo Gryal avergonzado. Esta vez se tapó con la manta hasta el pecho y apartó la mirada. Tenía ganas de llorar, de entender, de recordar; pero su mente era un muro de hielo, frío, triste, vacío de vida. No nacían recuerdos, y empezó a sentir miedo.

—Soy yo, Mano Derecha, ¡tu esposa! ¡Zahameda! —la joven avanzó hacia el enfermo—. He soñado tantas noches que te despertabas... Llevas días tumbado en esta cama, sin despertar. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Zahameda, aparentemente preocupada, sentándose en el camastro, al lado de las piernas tendidas de Gryal, y le acarició suavemente el pelo, con dulzura. Las hierbas del recipiente de la mesa volvían a arder. Un aroma de placer conquistó el aire de la tienda y los pulmones de los dos jóvenes.

—Estoy bien, supongo, pero no recuerdo nada... Za... Zahameda, estoy vacío —empezó a decir Gryal. Se sentía desorientado, no recordaba su Norte, no recordaba su Sur, porque no se recordaba a sí mismo.

Zahameda se acercó más a Gryal, agarró sus manos, tierna y dulce, y las besó. Luego besó su cara y le acarició de nuevo el

rizado cabello. Gryal la miró, desesperado. Se sentía fuera de lugar, abandonado por sus recuerdos fugados. El aroma de la tienda relajó sus nervios y su cuerpo, al tiempo que, lenta y sinuosa, la mano de Zahameda acariciaba el torso del valeroso guerrero; su cuello, su pecho, su vientre...

—Te amo, Mano Derecha, desde el día en que te vi.

—No recuerdo ese día, Zahameda.

—No importa, amado, no importa...—Zahameda besó los labios de Gryal, y éste la siguió. Se abrazaron, tiernos; uno triste, otra alegre. Zahameda acarició el vientre de Gryal, hundió las manos en sus muslos y agarró su miembro con presteza y sensualidad. Gryal se irguió, sobresaltado, pero no opuso resistencia, siguió besando a la mujer, enredando sus manos en aquel cabello rojo, vivo, ardiente cual fuego de verano, hasta que ésta se arrancó el vestido fino de tela gris que llevaba, mostrando su cuerpo al joven catalán.

—Te deseo, Mano Derecha, te deseo... —dijo la bruja, clavando la mirada sobre los ojos del amnésico recién despierto.

Gryal ardía, sobresaltado. No entendía nada, y se dejó llevar por el fervor de la piel de la bella mujer. La abrazó con fuerza y la tumbó en la cama, besándola.

—Hazme el amor. No temas por nada. Entra dentro de mí. —susurró Zahameda a la oreja del desnudo capitán.

Sus pieles se rozaron, la mano de Zahameda no cesaba en sus labores, mientras que Gryal no controlaba ya sus acciones.

—No... No recuerdo cómo hacerlo...

—Yo te guiaré —dijo con seguridad Zahameda, apoyando sus vírgenes muslos sobre el erguido miembro viril de Gryal — Basta con dejarse llevar —y Gryal entró en ella.

El instante fue dulce, rápido. La coordinación casi perfecta. Los muslos de Zahameda aleteaban sinuosamente, se arqueaba, moviendo todo su cuerpo para sentir a Gryal en cada rincón de su sexo. Suspiraban, mientras Gryal la abrazaba.

—Quiero recordarte, Zahameda; esto es maravilloso —dijo el joven, entrecortando sus palabras. Por un momento, otro rostro, otro largo y marrón cabello rizado aparecieron en la mente de Gryal. Fue un vistazo rápido, un pequeño soplo de recuerdos que desapareció con tanta presteza como había llegado.

—Shtt... No digas nada y bésame. —dijo ella, trasladando su mente al mundo real.

Sus labios se fundieron. Las pieles de ambos ya no sentían frío, y por primera vez hicieron juntos el amor. Ella gritó, después de largo rato, extasiada de placer. Gryal sopló aire caliente cuando llegó al clímax. Zahameda se tumbó a su lado y lo miró, sonrojada.

—Te amo, te amo, te amo... —le dijo a Gryal, que respiraba cansado. La miró, sonrió, y se sintió mejor. Ahora yacía relajado, mucho menos tenso.

Estuvieron un rato sin decirse nada, mirándose. Ella enamorada, él asombrado. Luego, Zahameda se levantó con la gracia de un felino, se arregló el cabello y cubrió su desnudez con la manta de Gryal.

—Mano, ahora les diré que te traigan otra manta —sonrió—, he roto mi vestido.

Gryal le devolvió la sonrisa, aún tumbado en la cama, y cerró los ojos. Confundido, intentó recordar. Negro. Oscuro. Nada. El vacío inundaba su mente, el placer su cuerpo.

Salió como pudo, agarrando la manta para ocultar su cuerpo desnudo a los ojos de sus hombres. Sonrisa de oreja a oreja, pasos gráciles y felices, tranquilidad. La vida resultaba maravillosa.

—¡Zahameda!

El grito vino de lejos, pero la voz ronca y fuerte de Andrey era imposible de confundir. Andrey hablaba poco, pero siempre que se abrían sus rugosos labios la gente callaba y escuchaba. Su opinión era palabra de sabio, un veterano en primaveras, maestro en hechicería y en la vida. Así era Andrey, un tutor emocional que nunca gritaba, y, de hacerlo, uno tenía que ir tanteando y oteando su mirada, recabar información y rezar a los dioses todopoderosos para encontrar una forma de plantar cara a los argumentos venideros que, sin duda, soplaría inmediatamente después de gritar. Todo esto, y más, lo sabía Zahameda perfectamente, así que se detuvo y no respondió. No había palabras capaces de satisfacer el grito de Andrey. No ahora. El anciano salió, entre dos de las chozas del poblado, apoyado sobre su

bastón, como un viejo lobo confiado que siempre anda lento y silencioso, sin detenerse. La miró, frío, inquisitivo. Ella bajó la mirada. Se acercó al viejo, agachando la cabeza. Una caricia de brisa fresca cruzó su cuerpo a la misma velocidad que lo hizo el silencio.

—Andrey —dijo Zahameda, en voz baja, casi imperceptible.

—Sígueme, niña... Tengo que hablarte de algo —dijo el anciano brujo, arrugando las generosas cejas que le custodiaban los ojos, negros, tristes pero todavía brillantes. Y Zahameda siguió los pasos del viejo andando de puntillas, sin hacer apenas ruido, por la ligera capa de nieve que cubría el poblado. La choza de Andrey era algo mayor que el resto, y estaba más protegida del frío. Pensó que, sin duda, el frío dañaba con seriedad los huesos del anciano.

—¡Por todas las noches sin luna, Zahameda! ¿Qué estás haciendo? —la joven bruja entró temblando de frío, guiada por un Andrey que refunfuñaba sin parar—. Siéntate, niña, siéntate... —la miró con desdén—. ¡Si tu padre te viera así!

La tienda tenía taburetes altos y robustos, de madera vieja, y estaba decorada por una maraña de pieles y tapices varios, que colgaban como telarañas por toda la sala. Un conglomerado de aromas para casi todos desconocidos empañaba la respiración de Zahameda, acostumbrada a la frescura de su tienda. En la estancia había una cama que no parecía especialmente confortable y que, como todo en esa sala, estaba a una altura mayor de la habitual. Zahameda entró en calor gracias a la casi perfecta hermeticidad de la tienda de Andrey y a la gruesa y sodomizada manta que le rodeaba el cuerpo. Andrey miró a la bruja, compasivo. Alguien tendría que dar a esa chica una lección de humildad y magia. El anciano sabía que la vida, como con todos, también golpearía tarde o temprano con dureza a su líder, y que, cuando esto sucediera, la humildad llegaría de la mano del dolor. “Será la vida la que te dé lecciones de humildad, Zahameda”, pensó. “Pero sólo yo te las daré de hechicería”. Tragó saliva y se sentó sobre uno de los altos taburetes de la sala. Lanzó el bastón sobre el camastro y respiró profundamente. Miró de nuevo a Zahameda, que seguía inerte.

—He dicho que te sientes, ¡Zahamedada!

La bruja seguía en pie, y ya no temblaba.

—Andrey, ¿es que me he perdido algo? Sólo yo, y no tú, soy la hija de Tarren, y por lo tanto soy la única en esta tribu que puede dar órdenes, así que... —empezó a decir Zahamedada, sin detenerse, hasta que la sonrisa del anciano la interrumpió—. ¡De qué te ríes, viejo?

Andrey frunció el ceño, e inició su discurso:

—Curiosa pérdida de aire, querida. Nunca debiste perder el respeto hacia tus maestros.

—No tengo por qué darte explicaciones.

Andrey se levantó del taburete, y gritó con rudeza:

—¡Te vas a sentar ahora, en el suelo, bruja malcriada! Deberías saber que ni un hombre, ni una mujer, ni un soldado, ni siquiera tú, Zahamedada, una líder novata e inexperta, mera iniciada en el uso de la brujería... —respiró para descansar sus viejas cuerdas vocales—. ¡Ni los mismos Dioses ni nadie deberían dar órdenes si no merecen mandar! —hizo una pausa y Zahamedada se sentó en el suelo, todavía orgullosa.

El anciano se apoyó aliviado en el camastro y siguió con sus palabras, ahora bajando el tono de voz.

—Las personas no son animales, Zahamedada, las plantas no caminan y los dioses no cazan para vivir. En la vida, niña, como en todo, existe un orden, una jerarquía, unas normas, o una forma de hacer las cosas. Es lo que yo llamo el camino equilibrado de derechos.

Zahamedada permanecía callada, atenta, pero no bajó su mirada.

—El equilibrio se forma y se mantiene en torno a los derechos que por jerarquía vital se dan. Los hombres saben que las plantas no deben andar, y las plantas lo respetan y cumplen su cometido, mantienen su función. Los animales no hablan, pero comen, se reproducen, matan, sobreviven...

Andrey se rascó la barba ligeramente y luego se frotó los ojos.

—¡Luz! —dijo. Y unas luciérnagas entraron en la tienda. Brillaban con una tenue luz azulada, y se esparcieron por toda la habitación—. Perdona si te molestan, mi vista se cansa rápido... Verás, querida, a estas alturas ya sabes que sólo nosotros,

los que hablamos, los hombres y las mujeres, vivimos una vida plena; y que el resto es supervivencia. Porque vivir es más que respirar, más que comer o fornicar. Vivir, querida, es sentir y decidir emocionalmente —hizo una pausa, y se quitó una de las capas de piel de oso que le cubrían el cuerpo. La lanzó también sobre el jergón, y se acostó junto al bastón. Estaba inquieto—. Uno puede prever perfectamente el comportamiento de una planta; dónde pueden vivir y dónde morir. Los animales lo saben, los hombres lo sabemos, pero ellas no lo saben. Aunque falte la luz, aunque el tiempo sea malo; ellas sueltan sus esporas, trepan sobre paredes, luchan para sobrevivir. Cuestión de jerarquía, nosotros las plantamos, comemos, movemos y mata-mos. Sabemos de qué y cuándo mueren, y sabemos cómo hacer que vivan o... sobrevivan.

—¿Y qué? ¿Qué tienen que ver las plantas conmigo, Andrey? —dijo impaciente Zahamedá.

—Primero aprende a callar; luego, a escuchar. El líder que decide es el que sabe qué opciones puede escoger y nunca nadie lo sabe todo. En una línea de prioridades, debes saber callar, escuchar y luego esperar para responder algo oportuno. Una vez tengas esas tres virtudes, Zahamedá, sólo entonces, dejaré que me interrumpas si tienes algo interesante que decir. Ahora, si me permites, seguiré —Andrey sonrió tras ese pequeño discurso, Zahamedá calló y apartó la mirada del rostro del viejo.

—Los animales tienen una jerarquía mayor. Ellos se mueven, saltan, corren, cazan, gruñen. Algunos animales se enfadan y se alegran, pero siempre deciden de forma previsible, actúan sistemáticamente, y la prioridad es la supervivencia de su ser o su raza, siempre. Temen al fuego y huirán, persiguen a sus presas y se las comerán. ¿Entiendes Zahamedá? Un animal nunca se enamora de su presa, nunca la suelta. Cuestión de jerarquías, niña, los hombres sabemos que si le damos comida a un pájaro se la comerá, que el fuego asusta al oso, que el lobo ataca en grupo. Decidirán sólo por factores de supervivencia, y ello los debilita, por eso los hombres están una escala por encima en la jerarquía, en el camino de derechos —fue entonces cuando Andrey respiró tranquilamente; empezaba a faltarle saliva. Detuvo

su discurso, se levantó y agarró un cuenco de madera. Salió fuera, con él en la mano. Zahameda se quedó allí, inmóvil, sin entender lo que su maestro estaba haciendo. Segundos más tarde Andrey volvió con el cuenco lleno de agua y el pelo mojado. Zahameda lo miró furtivamente.

—Debes estar atenta a lo que sucede a tu alrededor. Un cambio en la brisa, el olor de hojas mojadas y un pequeño seseo en la tienda. Efectivamente, llueve, y yo estoy sediento — Andrey sonrió y tragó el agua—. Bien, sigamos. Los hombres prevemos el movimiento de un animal, su territorio, el modo de morir, cuándo se reproducen... esa previsibilidad la causa su falta de emotividad. Por eso se dice que los animales no viven la vida, en vez de ello digamos que, como las plantas, sobreviven; y por su supervivencia y la de su especie harán casi cualquier cosa; aún no son humanos. El humano es por esencia el ser imprevisible, incalculable. No se queda quieto como las plantas, pero tampoco huye siempre del fuego, ni come siempre lo que le pones en el cuenco. El humano decide emocionalmente. Se deja llevar por deseos, celos, envidia, amor. Es culpa de su escala de valores que un humano siempre decide por factores emocionales. Yo quiero, yo deseo, a mí me gustaría, yo temo, yo odio, yo amo... Así que sólo los dioses poseen el derecho de prever nuestra vida.

Andrey miró con tristeza a Zahameda, que empezaba a entender las palabras del viejo.

—Las personas no decidimos por razonamiento; nada de eso, no es la razón lo que nos hace esencialmente hombres. Son nuestras decisiones, unas decisiones que nacen de los sentimientos. Por ello, Zahameda, nunca podré prever tus acciones o reacciones, porque estás viva y tienes el derecho de decidir y ejecutar tus propias acciones. Si hubiera sabido lo que te estabas proponiendo te hubiera parado. Sin embargo, yo no intento saber por qué haces lo que haces, ni juzgar tus deseos. Como dije, el humano puede enamorarse de la presa.

—¿Entonces?

—Entonces, Zahameda, tu problema está en la magia — miró inquisitivo a la muchacha—. Verás, niña, en la naturaleza,

en esta jerarquía de derechos, en estos caminos existen fisuras, grietas, ciertas personas excepcionales, con derechos más allá de los que los dioses dan al resto... Ésas son personas con ciertas habilidades, cierta maña alterando lo considerado normal. Estos seres son llamadas brujos, hechiceros, nacen como tales y son temidos por seguidores de falsos dioses. Es por ello que los que poseemos ciertas capacidades tenemos que tener clara la ética de lo que se debe y no se debe hacer, hemos de tener claro que hay unos derechos que no debemos sobrepasar: el derecho de quitar una vida y dar otra nunca ha sido nuestro. Sigue siendo de los dioses.

—¡Gryal es un buen elemento para el grupo! ¡Es un gran luchador! —gritó Zahamedada.

—¡Ese joven es tu capricho y ahora una responsabilidad añadida en tu larga lista de obligaciones! Debes aprender, Zahamedada. Si no quieres que tus hombres empiecen o, mejor dicho, sigan discutiendo tus intenciones con ese joven más te vale enseñar al chico a recordar cómo se lucha y cómo se manda. No queremos un bebé de casi veinte años, queremos que Gryal sea un hombre realmente útil. Debes enseñarle a mandar, a gritar, a ordenar. Tiene que ser un gran orador.

—Pero Andrey —repuso Zahamedada, que dudaba si Gryal, en su estado, era realmente capaz de todo ello—, el joven capitán no recuerda nada...

—Tú le quitaste la vida al robarle los recuerdos. Espero, por tu bien y por el del poblado, que ese chico nos sea útil. Piensa en Don Juan. Y si no va a serlo, libérale, consigue su perdón. Devuélvele la vida y deja que se vaya.

Andrey empezaba a sentir que la joven estaba acumulando demasiada presión, pero el peligro de que el general castellano se percatara de que Zahamedada había roto la promesa pesaba sobre su poblado.

—Basta. Yo me encargaré de Don Juan, Andrey. Confía en mí. Yo haré de Gryal un verdadero líder. Siempre que tú me ayudes. Andrey sonrió.

—Lo haré, niña, lo haré. Y ahora, por favor... —dijo el anciano con una sonrisa en la comisura de los labios—. Cúbrete los muslos.

... El frío invierno despierta en Barcelona.

Chantaje

I

—Parece que la muralla de nuestra ciudad está deseosa por incorporar en su nido a nuestros nuevos vecinos... —Don Lorencio miraba por el amplio ventanal del comedor, que disponía de buena madera y un cristal bien pulido. Fuera, y a pesar del frío, un par de niños de buena familia jugaban, persiguiendo a una gallina con un par de bastones—. Se está perdiendo el respeto por la raíz de Barcelona, Don Juan —la voz decidida del capitán Don Lorencio no declinaba su airoso deseo de superioridad—. Supongo que vos estaréis de acuerdo conmigo en que custodiando los rabales y las periferias sólo incrementamos el número de feriantes, prostitutas y vagabundos en nuestros lares. Otra mala influencia para nuestros jóvenes ciudadanos.

Don Juan de Castilla se mantenía callado, atento, sentado en su preciosa silla de perfiles delicados. Ante él se mostraba inmensa una mesa robusta y oscura, con un cáliz de plata que irradiaba solemnidad y riqueza. En la misma, un par de humildes velas estaban apagadas junto a otros tantos libros de gran tamaño abiertos por alguna de sus incontables páginas. Esa mañana había amanecido con pocas nubes, y el Sol dibujaba reflejos por toda la delicada sala. Un tapiz casi tan alto como dos brazos de hombre decoraba una de las paredes del comedor. Se trataba, sin duda, de otro de los tesoros de aquella ostentosa habitación.

—Sé, Don Juan, que vos tampoco sois de aquí. ¿Y qué? Yo tampoco lo soy, pero somos ciudadanos. ¡Tenemos un hogar, unos derechos y unas obligaciones! ¡Pagamos nuestros impuestos! —exclamó al tiempo que apartaba la mirada de la ventana

y se acercaba a la mesa de su superior. Sus dedos, gruesos y mu-
llidos como el resto de su cuerpo, acariciaron el borde del pri-
mero de los libros y el general siguió su recorrido con una
mirada penetrante—. Ciudadanos, Don Juan; ésa es la diferen-
cia. Vuestra hija pronto necesitará desposarse y, por muy bien
que haya sido educada, hecho que no pongo en duda, la ciuda-
danía es exclusiva de los varones... Bien lo sabéis, ¿verdad?

Ante la incertidumbre del general, Don Lorenzo agarró con
rudeza el libro y lo hojeó. Don Juan comenzó a sentirse incó-
modo viéndolo hurgar en sus preciadas pertenencias. Mas la
incomodidad inicial pronto metamorfoseó su significado y
pasó a contornearse en una onda cada vez más profunda de
odio irracional.

—Hay unos cuatro estamentos —prosiguió el capitán—.
Los ciudadanos honrados que representamos nuestras señorías,
los mercaderes, artistas y menestrales son personas también
bastante... respetables.

Don Juan se rizaba el bigote con frenesí, ahogando y reprimi-
endo el instinto violento mientras su subordinado conti-
nuaba con aquel tedioso discurso.

—Pero esa muchedumbre de marginados provenientes de
la periferia... ¡Por la Santa Virgen! ¡Si casi no saben ni hablar!
Esclavos, vagabundos, mendigos, ciegos, sordos, indigentes, le-
prosos... La administración municipal debería mantener cierto
orden entre la gente en vez de esta tontería de prohibición...
¿cómo era? —Don Lorenzo se rascó su pelo rizado y negro,
sudando a pesar del frío invernal que bañaba la sala por la can-
tidad de telas gruesas que lo cubrían—. ¡Ah sí! ¡La maldita ley
del cerdo! Los vagabundos se orinan en las calles pero las fami-
lias honradas ya no pueden tener el cerdo fuera de casa, ¿podéis
creerlo? ¿Quieren que matemos a los cerdos en nuestros lechos?
Higiene dicen. ¡Ya! —concluyó golpeando con pujanza el libro
sobre la mesa.

Don Juan no pudo reprimirse más.

—¡Maldito Lorenzo, hijo de gallinas! ¿Cuánto creéis que
valen esos libros? —le increpó con voz autoritaria—. Ni cor-
tando vuestro enorme cuerpo en cuatro pedazos pagaríais una

sola de esas páginas, así que apartad vuestras gordas manos de mi mesa, alejaos por lo menos hasta la puerta y hablad a vuestro superior con el respeto que merece.

Don Lorenzo borró la sonrisa de su cara, pero desdeñó las órdenes del general.

—Don Juan, no vine a hablaros expresamente de indigentes o ciudadanos. En realidad se trata de Lorette —confesó al tiempo que tomaba asiento en otra de las grandes y contorneadas sillas que rodeaban la mesa con la intención de situarse ante el rostro de su superior—. Tengo una propuesta que haceros.

—Don Lorenzo, creo que vos padecéis, quizá, algún problema de comprensión o carecéis de orejas. Soy vuestro superior y os he dado claras instrucciones, una serie de normas simples de comportamiento —se expresó con gruesa e inquietante voz el padre de Lorette.

—No podía creerlo cuando mi contacto me lo dijo, pero realmente es cierto... ¡Qué lejos vivís de la realidad que os rodea, Don Juan!

—Don Lorenzo, ¡os exijo que no os enredéis en retóricas absurdas y me digáis de inmediato qué diantre estáis tramando!

—¡Vaya! Parece que el gran general Don Juan de Castilla, archiconocido por su orgullo y su porte, temido por sus desgarradoras y frías técnicas militares... ¡Sí! Parece... ¡Parece que mis ojos ven a Don Juan fruncir el ceño!

El obeso capitán, reconfortado por el desconcierto de Don Juan, sonrió de nuevo y se secó el sudor de su frente.

—¡Decid lo que hayáis venido a decir y largaos de aquí! —Le inquirió el de Castilla, a sabiendas de que su subordinado no había ido con buenas intenciones.

—Perdonad si os parezco directo, pero creo que vos no poseéis esta información que seguro, mi señor, sabréis valorar. Veréis, ese tal Gryal, capitán de la milicia de Barcelona, ese jovenzuelo que vos mandasteis sentenciar, evidentemente con mi ayuda, y que fue atacado por Zahamedra en el Norte de Italia... ¿Recordáis? Bien, pues parece que esa muerte os puede costar mucho más cara de lo previsto —hizo una pausa y volvió a acariciar uno de los libros de la mesa.

—¡Explicaos, Don Lorencio! —le ordenó el general.

—Yo no disponía de dicha información cuando vos y yo trazamos el plan; pero seamos sinceros, Don Juan, ese chico era una molestia para ambos, demasiado popular... ¡Un puñetero héroe mitificado! —tosió y prosiguió con su discurso, con mayor intensidad—. Su fama y, sobretudo, su poder, aumentaban sin dilación. Había que acabar con él. Su estupidez y juventud facilitaron el engaño; Gryal ni siquiera se preguntó por qué debía viajar a Italia para llegar hasta Regensburg. Seguro que no sabe nada del caos en el que está sumida esa región — Don Lorencio abrió de nuevo el libro, y lo hojeó sin mirarlo.

Don Juan se sentía agredido cada vez que el visitante tocaba siquiera la mesa.

—¡Dejad el libro, Don Lorencio!

—General Don Juan, he de informaros que Gryal era el amante y prometido de vuestra querida y protegida hija, el único y verdadero amor de Lorette —bufó el capitán para a continuación esbozar una sonrisa maliciosa al ver el rostro transfigurado de Don Juan, que acababa de dejar que todo el peso de su cuerpo y su conciencia cayeran sobre la silla.

Silencio.

El general era un hombre frío e infeliz, ambicioso y obstinado; pero Lorette era un Sol en su vida, su única debilidad desde la muerte de su esposa. Podía pasarse horas mirando las nubes y proyectando su futuro. Así, le enseñó a leer y escribir, a rezar, a negociar y a contar. Lorette era la única inversión y diversión del viejo castellano, de modo que las palabras del péfido Don Lorencio habían caído como una losa sobre él. Se sentía hundido, avergonzado. ¡Había sentenciado al amor de su hija!

—Vaya, Don Juan, parece que esta información os ha cogido de sorpresa. La cabeza del joven debe estar decorando la nieve en el norte de Italia, quizá su sangre ya habrá pintado en el camino el nombre de vuestra hija. ¿Os imagináis?

El capitán reía a grandes y desagradables carcajadas mientras Don Juan intentaba sobreponerse a lo ocurrido.

—Tranquilo, Don Juan, creo que podremos llegar a un acuerdo.

—¡Sois el mismísimo diablo, capitán! ¡Sabed que no voy a hacer ningún trato con vos, destripacorderos!

—Supongo que no desearéis que a oídos de Lorette llegue lo mucho que habéis disfrutado ordenando el asesinato de su amado. Sería un auténtico drama, ¿no creéis? Lorette, la hija de Don Juan sucumbiendo al dolor de saber que su enamorado ha sido enviado a la muerte por su propio padre... Sería muy cruel, ¿verdad?

Don Lorenzo se levantó y colocó la silla en su sitio, se acercó a Don Juan y se postró a sus espaldas. El general, tenso, erguido, se mordió los labios hasta hacerse un sangrante corte, pero en sus ojos no tardó en aparecer el brillo de la rabia, del odio contenido. Entonces, el capitán Don Lorenzo acercó el veneno de su boca a la oreja del viejo soldado para susurrarle:

—Yo creo que vamos a llegar a un acuerdo, general. Lorette no sabrá nada si cada dos semanas recibo un estipendio acorde al precio de mi silencio. Espero, por vuestro bien y por el de vuestra amada hija, que la imprudencia no se adueñe de vuestra razón.

Y dichas estas palabras, el capitán se irguió y con paso firme avanzó hasta la puerta.

—Que tengáis un buen día, mi general.

Y desapareció por la gran puerta del comedor.

Don Juan, perdido entre sus taciturnos pensamientos, dejó caer por fin las lágrimas que tanto le había costado reprimir. “Cómo he sido capaz... Yo... Lorette...”. La soledad, el frío y la tristeza se hicieron dueños del salón. Y pronto el aire pasó de frío a gélido, el futuro, de oscuro a negro, y la tristeza se mudó en sorda y trágica desesperación. “Lo siento, hija, lo siento...”

II

—Buenos días Marta —saludó Lorette, que llegaba apresurada, ocultando del frío su delicado rostro tras una capa gruesa y suave de piel gris—. ¡Oh, vaya! ¡Que tengáis un buen día Don Lorenzo!

El hombre la miró, montado sobre un gran caballo ceniciento. El robusto capitán sonrió y apartó rápidamente la mirada de la hija de Don Juan.

—Cuidad de vuestro padre, Lorette, creo que estará sometido a una gran presión en poco tiempo... —le dijo, todavía sin mirarla.

La joven tenía las mejillas sonrojadas y una mirada fría. El invierno, recién llegado a Barcelona, sonreía por cada poro de su blanca y suave piel.

—Lo haré, Don Lorenzo. Pero, ¿acaso ha sucedido algo?

El viejo capitán no respondió y, sobre el trote elegante de su corcel, se alejó de los ojos de la joven hasta perderse por los recovecos de las callejuelas más próximas, mientras que Lorette, por su parte, ya se disponía a entrar por la puerta de casa, no sin antes esbozar una sonrisa a los niños que todavía jugaban por la calle. Una vez dentro, saludó de nuevo a Marta, su amable criada, con una sutil mirada de aprobación y amistad. Lentamente, se quitó la capa, desnudando su larga y ondulada cabellera. Una luz muy difusa y blanca penetraba por la entrada de su hogar mientras la doncella limpiaba el suelo con esmero. En casa siempre se estaba ligeramente más caliente, así que dejó su capa sobre los peldaños de las escaleras y subió con presteza al piso superior. Su padre permanecía apoyado junto a la ventana, observando el blanco paisaje que les rodeaba. Su cara, arrugada, dura y fría, era el vivo reflejo de preocupaciones pasadas, presentes y venideras. Inerte, inmerso quizá en sus divagaciones más íntimas, no se percató siquiera de la presencia de su amada hija en la sala.

—¿Padre? ¿Se encuentra bien? —preguntó Lorette, resbalando sus manos tiernas y pequeñas sobre una pequeña mesilla que siempre, pensaba, había estado allí, junto a la entrada del comedor.

—La ley, Lorette —dijo el anciano caballero—. ¿Es tan importante la ley?

La pregunta no esperaba respuesta. La joven sabía que cuando su padre divagaba en soledad esto podía postergarse muy a pesar de las compañías.

—La ley. El orden. La disciplina. El honor. El poder —continuó—. Todo está relacionado. Fíjate, Don Lorenzo llegó y se marchó a caballo.

—Padre, yo... —Lorette no entendía a qué se refería Don Juan. Parecía evidente que la visita del capitán había mellado el pensamiento de su padre que, terco e inseguro, prosiguió con su retórica. Ella, entretanto, se acercó con lentitud.

—Sin embargo, Lorette, la ley que defiende, la que defiende Don Lorenzo... Esa ley prohíbe, explícitamente, que se circule a caballo por la ciudad. ¡Pero él vino a caballo! Entonces, ¿quién pone las leyes? O, mejor dicho, ¿quién, realmente, las debe cumplir? ¿A quién benefician las malditas e injustas leyes? —gritó Don Juan, golpeando el cristal.

—Padre, cálmese. Eso no importa, son tonterías. Siéntese. —dijo con voz suave, acercándose al erguido y fuerte general Juan de Castilla.

—De veras crees que es una tontería, ¿no? —Don Juan sonrió y miró a su hija, tranquilo—. Un hombre llamado Gryal, apuesto y valiente, se ganó a su gente diciendo orgullosas tonterías como estas, Lorette.

Brillo en los ojos, un destello de sorpresa en los labios, un leve movimiento de manos. Lorette apartó rápidamente sus pupilas y bañó su vista con la luz de la ventana. No devolvió la sonrisa a su padre, no respondió, casi ni respiró.

Gryal... Gryal.

Don Juan reconoció que las ácidas palabras de su capitán y sus terribles amenazas tenían fundamento, así que, sin duda, a partir de ahora, él se convertiría en desgraciada víctima del duro chantaje de Don Lorenzo. Sin embargo, lo que realmente preocupaba al anciano de Castilla era la reacción de su hija. Lorette temía que su padre descubriera en sus ojos el amor, el dolor, la pena, la soledad o la impotencia que sentía.

Amor, increíble en esencia, agónico en ausencia.

—Conocías a ese Gryal, ¿verdad?

—Sí, muchos le conocían. Dicen que desapareció en una misión secreta, y que, quizá, haya muerto. Otros creen que se fugó. Hay quien asegura que vive oculto en algún castillo o en cuevas. Tampoco eso es importante, padre —dijo la muchacha, al tiempo que sus ojos brillantes, del color de la miel, reflejaban la luz de las ventanas.

—Nada se sabe de él, hija. Hace ya más de dos meses de su desaparición y todo hace pensar que murió.

Don Juan miró compasivo a su hija, la abrazó con fuerza, por instinto, y Lorette lloró como lo hacen las niñas, sin miedo, sin complejos, sin freno.

—¿Por qué me contáis todo esto padre? ¿Por qué debería importarme? —preguntó Lorette entre sollozos y suspiros.

—Pensé que querrías saberlo hija, nada más —Don Juan secó, paternal, las lágrimas de la hija con sus ropajes; delicado, suave, cariñoso—. Ahora dime, ¿Cómo fueron hoy las lecciones del maestro Guillem?

Lorette suspiró con ternura, sonrió y se dispuso a responder:

—Fueron bien, padre. El maestro Guillem nos reforzó la moral cristiana y repasó nuestra caligrafía —dijo, tímida, apartándose con fuerza los rizos del rostro. Tenía los ojos rojos e irritados, y las mejillas húmedas.

—Tú y tu amiga Inés podéis consideraros afortunadas. Pocas mujeres tienen acceso a vuestra educación y pocos nobles tienen acceso a un maestro como Don Guillem —afirmó Don Juan con seguridad, alejándose suavemente de su hija y acercándose a la mesa que tanto le gustaba—. Muy pronto, algunos hijos de otras familias prestigiosas de Barcelona estudiarán también en casa de Don Guillem. Portaos bien con ellos y ayudadles en todo lo que os pidan. Sois alumnas aventajadas, espero que se percaten de vuestro talento —Don Juan cerró los dos libros que estaban sobre su mesa y se sentó en su silla predilecta. El veterano general sonrió nuevamente, mirando a su hija.

—Lorette...

—Dígame, padre.

—Guarda estos libros en mi habitación. Luego, trae papel y un tintero. Debo escribir.

—¿Puedo ayudarle en algo más, padre? —preguntó solícita con los ojos bañados en lágrimas.

—Sí, hija, sí, descansa durante toda la tarde. No puedes permitirte el lujo de llorar por un difunto —las palabras imperiosas de Don Juan llegaron a los oídos de Lorette del mismo modo que lo hacen las órdenes.

—Lo haré, padre —respondió con media sonrisa y, a continuación, arqueó con suavidad las puntas de los pies sobre sus talones para dar la espalda a la mesa y avanzar con los libros hacia la habitación del general. Luego, en soledad, dejó de sonreír. Y lloró. Lloró por su difunto.

III

Anocheció. La voz del veterano, baja, sutil, resonaba por la pequeña capilla.

—Padre Nuestro, que estáis en el cielo, Santificado sea vuestro nombre...

Don Juan oraba bajo un humilde altar cristiano. Era un habitáculo bastante reciente, lo había construido en el patio de su misma casa para poder rezar por su difunta esposa en soledad. Ya no sentía las rodillas, apoyadas sobre un suelo blanco, limpio y frío. Llevaba horas postrado, pidiendo perdón por sus pecados, agachando la cabeza una y otra vez, juntando fuerte sus viejas manos, apretando los nudillos con rabia y dolor.

—Perdonadme, Señor, perdonadme. Soy vuestro más humilde siervo —dijo en voz baja. Como respuesta, solo un leve eco de sus palabras y un silencioso goteo en el exterior. La habitación no tenía ventanas, estaba iluminada por las tres pequeñas y solitarias velas que Don Juan y Lorette habían puesto en aquel sagrado lugar. Llamaron a la puerta. Eran golpes sordos, fuertes, de confianza. Don Juan se levantó, se limpió las mancilladas rodillas y se frotó las manos sudadas. Abrió la puerta a desgana. Tenía frío. Lorette siempre decía que era una mala idea poner la capilla en medio del patio, pero Juan respondía que era mejor que las habitaciones relacionadas con la casa de Dios no se mezclaran directamente con la vida carnal de un pecador como él. Apareció Don Guillem, de pie ante la puerta, con cara de gran preocupación.

—Recibí la carta, Don Juan. Lorette me la dio y me advirtió de que últimamente veía en vos una actitud preocupante, pero no entendí a qué se refería... —hizo una pausa—. Hasta que la pude leer.

Guillem llevaba un jubón negro y muchas pieles marrones cubriendo sus hombros. Era de complexión delgada, enfermizo, vulnerable al frío. Don Juan siempre pensó que un tipo de su calaña sólo podía entrenar su cerebro, ya que su cuerpo daría poco más de sí.

—Bien, os agradeceré que no discutáis mi decisión. Quiero que lo comunicéis al resto de oficiales tan pronto como os sea posible —afirmó el general, frotándose los ojos.

—¿Qué os pasa, Don Juan? ¿Seguro que esto es lo que deseáis? Vuestros logros son immaculados, señor. Somos amigos, podéis contarme lo que está sucediendo.

—Mi querido Don Guillem, es mi decisión. Dejo mi puesto; me retiro. Sólo pido que la respetéis y lo comunicéis al resto. ¿Es tan complicada esta tarea?

Maestro Guillem bajó la mirada. El de Castilla no estaba firme, se le veía dolido y apenado.

—Entendido, Don Juan, sólo dadme la razón que os ha llevado a tomar tan incongruente decisión y me retiraré en paz.

—Quiero... Quiero dedicarme a mi hija. Hacerla feliz. Éste es mi deber ahora, Guillem, no espero que lo comprendáis, sólo que lo aceptéis.

Don Juan salió de la capilla. El agua le resbaló por las duras mejillas perfilando sus rasgos marcados y espigados, y se acunó en el espeso y largo bigote que coronaba su barba gris.

Cerró la puerta de la capilla sin apagar el fuego de las velas de una noche azul y fría.

De una noche triste.

Clases particulares

Inés sonrió, sosteniendo la mirada cómplice y amistosa de Lorette. Terminaban en voz alta, junto a Don Guillem, la última oración del día.

Absorta en sus pensamientos y perdida en sus pesares, Lorette dejó que fueran sus labios los que siguieran en melodiosa armonía la sintonía que oraba su maestro. Ella, entretanto, acometía con sus ojos, cruzando el cristal de la ventana, el blanquecino horizonte que trazaba el mar. El tiempo pasaba y, ahora, en el mismo vientre del invierno, Lorette empezó a perder la esperanza. Hacía cerca de cuatro meses que Gryal, el único hombre al que amó, el más singular que conoció, había desaparecido en algún lugar, entre el este o el norte de la nada. “¿Por qué me has abandonado?” se repetía una y otra vez. Ecos de las mismas preguntas, tan estúpidas o etéreas, tan ineficaces que rozaban la retórica emocional de una mujer frágil, transparente al frío que surcaba su tierra. Sentía cómo cada noche el corazón latía menos y peor, más triste por cada una de las lágrimas que perlaban sus ojos. Pero aun así, cada día despertaba con renacidas ilusiones, pensando que su amado, su precioso amado, volvería sin duda a su lado. Y sonreía cada mañana, saludaba a sus vecinos y aprendía sus lecciones. Cuidaba su figura, trazaba sus miradas y entrenaba sus artes de fémina de forma experimentada con sinuosos y sutiles choques de pupilas. Vivía en la más absoluta normalidad para que nada cambiara con su llegada. Se arreglaba tanto como le era posible y se humedecía los labios al salir de casa. Deseaba derramar su perfume por todos los rincones de Barcelona, esperando que su prometido persiguiera su aroma hasta encontrarla. Soltar sus sentimientos al aire y que el viento los llevara hasta Gryal.

Pronto terminó la oración, y sus labios se cerraron. Dejó que el aire se escapara, cálido, por la nariz mientras cerraba los ojos con fuerza. “Lorette, ya basta” se dijo, y sus ojos marrones se abrieron de nuevo, brillantes y llenos de vida.

—Bien, señoritas, esto será todo por hoy. Vuestros acompañantes os esperarán en la puerta del salón —Don Guillem terminó así con su disfraz educativo y dejó que el registro informal se adueñara de su persona.

Lorette sonrió y, alisándose el vestido, se dispuso a avanzar hacia la puerta. Inés la seguía, concentrada, murmurando una canción con exquisita sutileza y ternura. La hija de Don Juan se detuvo. Alguien subía. Eran muchos, y eran hombres. Inés la miró y sonrió con picardía, a lo que Lorette respondió con un ligero movimiento en la comisura de los labios y un inocente parpadeo en los ojos.

—Son Fortuna y los demás —dijo alegre en voz baja.

—¿Quién es Fortuna y qué hace aquí? —preguntó Lorette, desconcertada.

Inés llevaba un vestido verde claro, de mangas largas y puño todavía mayor, un cinto negro que le perfilaba la cintura y un escote generoso que realzaba unas armas de mujer que, sin duda, eran de las mejores de la península.

—Fortuna es... —empezó Inés, interrumpida por la voz de uno de los hombres.

—Soy el capitán más joven de Barcelona y el hombre que puede hacer realidad vuestros sueños —dijo el aludido mientras cruzaba la puerta con majestuosidad.

El capitán Fortuna era alto y fuerte, presumía de un porte y una clase dignos de mención y, sin duda, cuidaba su físico con esmero. Tenía el rostro afeitado y unos bonitos ojos grises. Cruzó la mirada con Inés, sonrió, y luego clavó sus pupilas sobre el rostro de Lorette, que se sonrojó. El capitán de milicia reflejaba seguridad en sí mismo, elegancia. Lucía el cabello largo y liso, espeso, recogido en una larga cola tan negra y oscura como el resto de su pelo.

Tres nobles más entraron por la puerta tras sus pasos mientras las dos mujeres permanecían inmóviles.

—Buenas tardes, alumnas aventajadas, agraciados se sienten mis ojos con sólo poder miraros —hizo una pausa y se apartó un mechón que prendía de su frente—. Decidme, ¿a qué se debe vuestra curiosidad? —preguntó Fortuna, que continuaba mirando a Lorette.

—No importa —contestó, seria, Lorette.

—Parecéis enojada, señorita Lorette. ¿Qué os ocurre? —preguntó sonriente Fortuna.

—Que no me gustan los mentirosos, y, por ello, tengo dos cosas que objetaros, señor Fortuna.

—Capitán Antoni Fortuna para vos, señorita. No deberíais olvidaros del rango —le inquirió.

—Puesto que parecéis tener el honor de conocerme, capitán Fortuna —respondió con burla—, os diré que justo a ello me refería —Lorette levantó la voz—. En primer lugar creo estar segura de que el capitán de la milicia de Barcelona es Don Lorencio, no vos; y en segundo lugar creo, de hecho sé, que el capitán más joven que hay y ha habido jamás en la milicia de Barcelona es el capitán Gryal.

Fortuna tensó su rostro y respiró hondo, mientras sus compañeros sonrieron y avanzaron, dejando atrás a Inés y a los dos jóvenes que discutían.

—Gustosamente corregiré vuestros errores, señorita. Primero, la hija del general Don Juan debería saber que puede haber varios capitanes en una misma ciudad, así que lo que Don Lorencio sea o deje de ser no excluye mi rango. A pesar de ello, creo que deberíais vos saber que vuestro padre dejó su cargo, por lo que Don Lorencio ha pasado a ser el nuevo general y yo, Lorette, el capitán de milicia más joven de Barcelona por orden del amigo de vuestro padre.

Lorette se enfureció. ¿Su padre había dejado su cargo? ¿Por qué? ¿A qué se debía su extraño comportamiento?

—Sobre la juventud, os diré que poco sé de ese tal Gryal. Muchos de mis hombres le admiraban, pero se rumorea que dejó la orden militar y huyó. Otros dicen que lo mataron en una misión secreta. Es un proscrito, o un farsante, o un valiente difunto. Sea como fuere su desaparición me convierte en el más joven de los capitanes.

La hija de Don Juan sintió el dolor rozando sus mejillas, trepando por sus ojos, descorchando su triste lagrimal que tan deseoso estaba de mojar aquel rostro blanco y joven. Su padre retirado. Gryal muerto. No. No. No...

—¡Sois vos una escoria miserable! —Lorette gritó, bajó la cabeza, y lloró. “Gryal, ¿por qué me has abandonado?”

Inés se acercó y la asió por los hombros. La perplejidad asolaba los ojos de Fortuna.

—Vayámonos, Lorette —le recomendó.

—¿Por qué lloráis Lorette? —preguntó Fortuna, preocupado — Yo... Lorette, lo siento, no pretendía ofenderos, no sé qué causa vuestro llanto pero, por favor, dejad de llorar.

Antoni Fortuna, como le llamaban, era un ser a menudo burlón y cerebral, ambicioso, sarcástico y arrojado; pero, a pesar de las apariencias, su autoconfianza era menor de lo que muchos esperarían en un capitán. Dudaba de todo y todos, hasta de sí mismo, y muchas veces su charlatanería le jugaba malas pasadas. Sin embargo, no entendía qué había ofendido a esa preciosa mujer hasta hacerla llorar. ¿Qué habría dicho que fuera tan cruel?

La miró, mientras ambas pasaban a su vera para cruzar la puerta. Esos ojos de miel, llenos de reflejos, ese pelo rizado y largo, esos pechos firmes y el cuello delicado.

—Lorette, lo siento —dijo, con un hilo de voz—. Sois... Sois preciosa.

La hija de Don Juan se giró, le sostuvo la mirada y, suave, tierna, casi sin querer, sonrió antes de desaparecer por la puerta. Se fue, y, con ella, la deliciosa imagen que nublabla la vista de Fortuna... pero no se marchó su aroma.

—Antoni Fortuna. ¿Habéis venido a recibir clases o pensáis permanecer vigilante en la entrada? —dijo Don Guillem.

—Voy enseguida.

El capitán avanzó con paso decidido, pero su mente estaba surcando los lares de la fantasía que irradiaba el perfume, cálido y femenino, que desprendía la mirada de Lorette. Sus compañeros le miraban, esperando que soltara una de sus bromas, tal y como les tenía acostumbrados; pero esta vez no fue así. El

joven redujo el contacto visual con los suyos y se sentó, atento, a la espera de la explicación.

—Vamos, Lorette, ya basta... —Le decía Inés—. Has dejado a Fortuna preocupado —argumentó, dócil, su amiga.

—Lo sé, pero Inés, ¿tú también piensas que Gryal está muerto? ¿De veras lo crees? —le interrogó entre sollozos Lorette, abatida ante la injusticia de su destino.

Se miraron fijamente, una con compasión, la otra con esperanza, pero no hubo respuesta. Inés bajó la mirada y acarició con suavidad la espalda de la hija de Don Juan.

La agraciada joven que acompañaba a Lorette no sabía cómo decirle a su amiga que lo más probable era que su prometido estuviera muerto. Veía y entendía el dolor de Lorette, así como su esperanza; pero la posibilidad de que Gryal siguiera vivo era casi ridícula. Irrisoria. Todos lo sabían. Lorette entendía, por su parte, que nadie respondería directamente a esa dura pregunta, al menos de momento. Ella era consciente de lo escasas que eran sus posibilidades, pero soñar nunca fue pecado como tampoco lo había sido amar. Y ella amaba de forma descontrolada, sin freno, del mismo modo que sufría.

Sin embargo, día tras día anocheecía más temprano y sus ojos brillaban menos bajo el triste sol de invierno. La tierna y sonriente muchacha que un día fue parecía marchitarse, perdía lentamente el color.

Se dirigían a casa por las estrechas y revueltas calles de Barcelona, caminando en silencio, cortando el vacío sonoro con algún que otro suspiro. La ciudad estaba algo desorganizada y sucia desde el ensanchamiento de las murallas. La población era cada vez más plural y basta, y las calles eran el vivo reflejo de ello. Los altivos nobles andaban por sus empedrados presumiendo de capirotos y zapatos puntiagudos mientras sus vecinos todavía prendaban togas y túnicas viejas atadas con cuerdas y finas capas de piel de liebre o de perro. Lorette, por su parte, lo hacía enfundada en su bella capa de armiño y, bajo ésta, una hopalanda roja de seda que era tan transparente al frío como a las miradas de los hombres. Avanzaba sin prestar atención al movimiento variopinto de su alrededor, al tiempo

que el dinámico caos ciudadano que se entrelazaba en su mirada sólo aumentaba el ruido de la mente y complicaba una ya difícil reflexión.

El día se oscurecía, sutil, rápido, y la luna ya despuntaba, firme y brillante sobre un cielo entregado al atardecer. Lorette sentía que sus pensamientos se iban desvaneciendo al tratar de entender o comprender, asimilar simplemente. Sus sueños se derramarían si Gryal moría, y se preguntó qué diablos esperaba arreglar dejando a su alma llorando por dentro. Sentía la cabeza atormentada tanto por las palabras de Fortuna como por esa preciosa sonrisa que brillaba bajo sus profundos ojos grises. Admitió que había belleza en el cuerpo y el rostro de ese petulante capitán y buscó en ella algún indicio de lo que le atraía de Gryal, su amado Gryal. Pero Fortuna y Gryal no tenían nada que ver. De pronto sintió una enorme frustración y rabia, rellena de amarga impotencia. Se quitó la capucha y se deshizo el tocado, rebelde, sincera, dejando que el viento ondeara su cabello como el día en que se despidió de su amado. El aire, la brisa, el olor del frío calmaba sus deseos, su rabia, su tristeza, despertaba en ella esa anhelada sensación de libertad que había sentido cuando se bañaba en los besos de Gryal.

Llegó a casa con el ceño fruncido. Marta estaba limpiando las escaleras cuando Lorette la saludó. Subió la escalera con lentitud, esquivando los peldaños mojados, y se tumbó en la cama. La humedad y el frío pronto le calaron los huesos, el silencio la atormentaba; así que, de forma instintiva y casi infantil, se tapó con la manta hasta la sien y contrajo su cuerpo en posición fetal doblando casi por completo sus piernas. De alguna forma le pareció que allí, oculta entre el amasijo de mantas, estaría segura del salvaje mundo que, de pronto, la había rodeado. Se sentía fatigada, cansada; el día había sido duro con ella, así que, finalmente, cerró los ojos, dispuesta a dormir. Pero pasaban las horas y el tormento y el pasado ardían en su interior. Deseo, esperanza, tristeza; demasiado para un joven y tierno corazón como el suyo. Había vivido siempre en una burbuja de felicidad, mimada y protegida por su leal padre, acariaciada y amada por Gryal.

No se detenían sus pesares, no frenaba el dolor, no llegaba nunca el sueño profundo. Los ojos sufrían, gritaban, querían abrirse y desnudarse de tanta oscuridad. Pero no había luz que bañara su fría mirada.

Se alzó, sudando, enredada entre su pelo, con ganas de llorar. Tenía una vela encendida junto a la puerta, hacía tiempo que el negro de la noche le causaba temor. Decidió sentarse en la cama, reposada, con los pies en el suelo, rodeada del silencio de las sombras hasta que oyó por casualidad, por caprichoso azar, voces en el piso inferior. Era tarde; lo suficientemente tarde como para sospechar lo inusual de los murmullos que sonaban casi de madrugada en su hogar.

Resultaron ser un par de voces conocidas, una parecía gratamente familiar, la otra no tanto. Sin embargo, los hombres cuchicheaban en un pequeño siseo difuso casi imperceptible a sus oídos dormidos.

Lorette se alzó, presa de la curiosidad; no calzó sus pies, no peinó sus rizos, y, ya fuera por ansiedad o por imprudente valor, se dispuso a bajar las escaleras. Descendió un peldaño tras otro sigilosamente, con la elegancia sinuosa de un felino. Sus pasos desnudos eran tan gentiles como todo su delicado cuerpo. Sentía el suelo helado acariciando su blanca piel pero no quiso detenerse. No ahora. Las voces sonaban más cerca, más claras. Reconocía una de ellas; era la de su padre. Llegó al final de las escaleras, pero no bajó los últimos peldaños. Se sentó y escuchó, acunada por la oscuridad. Oyó tan de cerca a los hombres que casi sentía su aliento en la cara. Sin duda se encontraban en la entrada, y la puerta estaba abierta. El aire, gélido, se colaba por su camisión de seda y le helaba los huesos.

—Don Juan, ya sabéis que no quiero presionaros...

Lorette reconoció la voz de Don Guillem, su maestro. Se preguntó qué haría en su casa a esas horas de la noche.

—Pero creo sinceramente que permitir que designasen a Lorenzo como sucesor de vuestro puesto es una soberana barbaridad.

Don Guillem hizo una pausa, estaba cansado. Parecía que llevaban rato conversando. Lorette, desde su rincón, no alcanzaba a ver más que las grises siluetas de sus botas. Estaban uno

frente al otro, estáticos, en la puerta de casa. Don Guillem, ante el silencio de su interlocutor, prosiguió:

—Todos saben que Don Lorenzo es un hombre falto de ética. No tiene el valor ni el coraje para liderar un ejército, ni la moral para mantener el orgullo de sus hombres. Es corrupto y manipulador.

—Callaos, Don Guillem —le ordenó con autoridad el antiguo general—. Sé perfectamente qué habilidades ostenta y de cuáles adolece Don Lorenzo. Por ello sé que si quiero liberarme de su chantaje debo pagarle con la misma moneda.

El de Castilla hizo una pausa y se desplazó ligeramente. Lorette reaccionó retrocediendo un pequeño paso y colocándose de cuclillas, dispuesta a seguir escuchando. ¿Chantaje de Don Lorenzo? ¿De qué hablaban?

—¿Cómo? —respondió el maestro—. El chantaje de Don Lorenzo es algo peor que una derrota. Don Juan, estáis vendiendo vuestra vida y facilitando la causa de vuestro enemigo. ¿Cómo habéis podido ser tan confiados?

—No lo entenderíais, Don Guillem. Me equivoqué, no sólo en las maneras sino en el fondo de mis actos. Eso ahora no importa, quiero que Don Lorenzo tenga poder y posición. Que ello sea su deseo, su ambición, su orgullo. Y una vez vea o crea que su estatus es toda su esencia tendrá miedo de todo aquello que pueda amenazar o vulnerar su cargo; y entonces yo hurgaré en sus heridas y le devolveré las amenazas. Nuestro secreto podía arrebatarme el honor, lo sé, pero hoy era él quien no tenía nada que perder. ¿Decís que será general? Estupendo, que así sea, porque así este secreto puede arrebatarse a él la posición. Con ello me bastará para librarme de su chantaje y hundirle en la más profunda de las miserias.

El maestro respiró profundamente y avanzó hacia Don Juan, ya en el centro de la estancia. Parecía inquieto.

—Un secreto entre vos y Don Lorenzo. Chantaje, posición, poder... Estamos hablando de temas importantes, no se trata de que tengáis ganas de ver sufrir a ese seboso, Don Juan, se trata de poder, y el poder no es un capricho. Vos no deberíais temer a nada ni a nadie, porque no olvidéis, señor, que vos erais

el general Don Juan de Castilla, ¿Qué podía haceros un capitán cómo él? ¿Qué amenaza era tan peligrosa?

—Eso ya no es importante. Quiero que tenga estatus. Quiero que tenga algo que conservar. Si el ahora general Don Lorencio se atreve a hundir a mi familia yo hundiré su estatus.

—¿Estatus? ¿Familia? Don Juan, ¿qué tiene que ver vuestra familia aquí? ¿Qué tiene que ver Lorette en todo esto?

Lorette tembló, cerró los puños. Sentía cierta tensión en su interior. Nervios. Ansia. Su padre estaba hablando de un modo extraño, parecía confesarse, arrepentido y desconcertado. Don Juan avanzó dos pasos hacia las escaleras y Lorette retrocedió un peldaño más, temerosa, pero no quiso marcharse.

—Váyase, Don Guillem, váyase a dormir. Es tarde. Ya habéis hecho suficiente por mí —le instó con voz suave el de Castilla.

—Debo llamaros necio, amigo mío. ¡No podéis dejar que os intimiden así! Podríais contarme su chantaje; juntos le podríamos plantar cara.

—¿Contaros qué? ¿Mi pecado? ¿Mi pecado no tiene nombre! ¿Su chantaje? ¿No es sólo su chantaje lo que me tormenta por las noches! Son los remordimientos, el dolor, la indecencia que arrastro en el corazón. No tengo derecho a ocupar este cargo. Yo, Don Guillem, yo he ahogado a mi hija en el llanto de la infelicidad y ahora sólo quiero hacerla sonreír.

Otro paso de Don Juan hacia los peldaños. Pero en esta ocasión su hija no retrocedió. Estaba perdida entre los ríos de pensamientos que habían nacido en su mente con las palabras de su padre.

—¡Otra vez Lorette! ¡Por Dios Todopoderoso, Don Juan! ¿Por qué os empeñáis en meterla en este sucio asunto?

—Mi hija... Don Guillem... veréis, era un precioso atardecer, Gryal partía hacia Italia. Allí un carro le esperaba para conducirla a una trampa que le costaría la vida.

Lorette se alzó instintivamente y subió un peldaño. Casi quiso huir. Su padre sabía cómo y por qué había muerto Gryal. ¿Por qué, entonces, no le había contado nada? ¿Cómo lo pudo permitir?

—Don Juan, muchos hablan de la tremenda desaparición de este joven y valeroso capitán; y sí, también sé de los rumores que hablan de la relación que mantenía con vuestra hija. No le habéis contado nada a ella, ¿verdad?

No hubo respuesta, de modo que el maestro decidió seguir hablando:

—Es normal que no hayáis tenido el valor para decírselo, Don Juan, pero eso no os convierte en un mal general ni en un mal padre. Esa no es razón suficiente para explicar la locura que acabáis de cometer. Pienso, de todas formas, que Lorette agradecerá saber que Gryal murió con honor y que no huyó traicionando a los suyos, como dicen las malas lenguas. Aun así, Don Juan, sigo pensando que todo esto no parece tener nada que ver con vos.

—Don Guillem, vos no podéis entenderlo. Es mucho peor que todo esto. Y Don Lorencio lo sabe. Gryal era valiente, carismático, un gran estratega, algo terco pero noble. Un diamante en bruto de liderazgo y entrega. Demasiado perfecto, demasiado querido. Todos le amaban y le seguían; desprendía admiración. Eso era muy peligroso tanto para Don Lorencio como para mí.

—¿Qué estáis insinuando?

—Ya os dije que mi pecado no tenía nombre, Don Guillem. Yo no oculté su muerte, ¡Yo la ordené!

Lorette se apresuró en subir los peldaños; fría, triste. Su cara no mostraba ninguna expresión. Era todo demasiado complicado. El dolor era tan fuerte que las lágrimas se congelaron en su interior, eternas, saladas, duras. Don Juan oyó sus pasos, vio sus pies subir los últimos peldaños. Se acercó a las escaleras y miró hacia arriba. Lorette se giró y clavó sus brillantes ojos de avellana sobre la vieja mirada de Don Juan de Castilla. Una mirada difusa y rápida, sublime en esencia, llena de mensajes. Ojos que gritaban de dolor. De decepción. De odio.

Su hija se giró de nuevo, avanzó y se perdió en la oscuridad. Don Juan miró a su amigo, que aguardaba mudo y cabizbajo. Se rascó el bigote espeso que colgaba de sus labios y dejó fluir su llanto:

—¡Mierda! —dijo enojado—. Esta vida es una tumba.